

nes sentimentales, fué tan sólo para caer en el romanticismo político, que lo obligó a amalgamar la patriotería exaltada con un no disimulado anarquismo. Su popularidad la forjó, más que con la sustancialidad de su doctrina, con sus arrogancias de ateo y su recalcitrante clerofobia, en épocas en que por instinto el mundo y sobre todo América necesitaban sacudirse la preponderancia teocrática. Por otra parte, la filiación social de González Prada es casi aristocrática. Su voz fué oída en los círculos intelectuales del país, cuando los intelectuales pertenecían de lleno a la burguesía y vieron en él un posible caudillo político que iba a dar pábulo a sus inconfesadas aspiraciones al erario. La mayor parte de sus discípulos se reclutaron en las filas de adultos que habían medrado ya a la sombra de los otros partidos y que veían retardarse el logro de sus ambiciones por vivir un tanto postergados. No quiero decir con esto que no tuviera partidarios sinceros, de acrisolada moralidad, de inequívoco doctrinarismo, y que él fuera por sobre todas las cosas un hombre inmaculado.

El aticismo de Prada era frígido. Su literatura, una de las más atildadas de América, sugestionaba por el lado retórico. Los parnasianos fueron los bizantinos de la retórica. — Su ideología, si la tuvo, fué simplemente apodíctica. Su frase demoledora no le dió tiempo par adetenerse en las estilaciones conceptuales. Lo que proponía no era más que el rebote de lo que destrozaba; era el escombros vuelto del revés, sin intenciones de volver a juntar sus aristas para crear un nuevo edificio. El método de su crítica literaria, hincando el diente en la flatulencia castelariana, persistió también en la crítica sociológica: se contentaba con agujerear los tumores nacionales, para dejarlos en exhibición y mandando el pus de su viciosa teratología. Como reformador social, creyó de muy buena fe que con modificar la estructura política de la nación, se modificaba automáticamente la maquina-

ria colectiva, sin prestar atención al complejo económico, base de toda reforma sustancial y nudo gordiano de las viejas armaduras gubernativas. Fué un político apriorista. El dato científico no le interesaba mucho. Sus investigaciones en el orden financiero fueron muy rudimentarias, y sin temor a equivocarme, nulas. Era un poeta a quien le bastaba su imaginación y su decencia para traducir panfletariamente todo un proceso de cultura. El deleite de una frase bien escrita superaba en él la molestia de una investigación paciente y el aquietamiento de una idea constructora o por lo menos el sondeo interpretatorio de los hechos sorprendidos en plena realidad sociogénica. Parece que tuvo el pensamiento subrepticio, succionado en Renán, de que el gobierno de los pueblos se entregara a una especie de aristocracia de intelectuales, o de elit, de donde quedara eliminada toda representación popular. Su cariño al pueblo fué absolutamente literario. Sin embargo, se le debe a González Prada los más fuertes piquetazos en la muralla conservadora y una literatura gerarquizada que salva al Perú de su misérrima contribución estética.

Usted, a diferencia de Prada, es maestro y animador de adolescentes. Muchos de sus discípulos no han cumplido veinticinco años. Ninguno de ellos está maculado por el cieno de la vieja política. Son sustancialmente poetas. Junto a usted se sienten activos, se dinamizan sintiéndolo vivir, se hacen precoces fecundados por su palabra. Su figura truncada les impone respeto. Su cultura panorámica los emboba. El trivialismo limeño está rendido a sus plantas como un galgo de costillares exhaustos. Desde su inmovilidad fisiológica es usted el dinamómetro que alimenta y cohesiona las fuerzas jóvenes del país. Y en la América toda, su pequeña estatura de hombre, ya es una de las más altas glorificaciones pensantes.

Literariamente es usted un escritor sin postizos retóricos. Se expresa us-